

He de decir que yo fui boer en la lucha del Transvaal contra Inglaterra, ruso en la lucha de Rusia contra el Japón, porque creía que aquéllos tenían razón. Porque yo creo que los pueblos que llevan la razón son los que deben triunfar. Porque no tuvimos razón nosotros perdimos en Cuba.

Pues Inglaterra en Egipto ha hecho aquella admirable obra de ingeniería, y no sólo eso, sino que cuerdamente emancipó a unos pueblos que ya empiezan a dar señales de fecunda vida. Conquistó la India, y hasta hace pocos años nos relataba la prensa aquellas hecatombes que casi han desaparecido. Inglaterra ha hecho fecundos sus territorios, que antes eran yermos, y poco a poco ha conseguido Inglaterra dar vida a pueblos que estaban muertos.

¡Pero ahí está Gibraltar!—dicen cuando se habla de alianzas.—¡Y qué sensibilidad la nuestra, señores, que cuando se habla de eso, como cuando se habla de Tánger, nos encojemos como muestra de indiferencia! Se invoca la garra del leopardo inglés y nadie cuida de otras dominaciones más afrentosas.

España se halla empeñada en la aventura de Marruecos, y yo he hablado en el Congreso de esa aventura, pero en el Congreso no han querido entenderme. Yo hubiera pedido para la patria, no un pedazo de Marruecos, sino Marruecos entero, como históricamente le corresponde. Pero cuando veo que los campos castellanos se despueblan y la emigración aumenta; cuando las escuelas se hallan vacías y abandonadas; cuando he aprendido de Costa que el cincuenta por ciento de los españoles se acostaban sin cenar, entonces pienso en la inaudita locura de ese empeño y en la necesidad de ir a colonizar el alma de la raza, de cultivar la tierra que ha tornado estéril el abandono y civilizar y encauzar el pueblo por corrientes de ciudadanía y amor bien entendido hacia la patria. Sobre todo cuando el déficit enorme del presupuesto pregona nuestra insignificante economía, no hay derecho a pensar en aventuras de Marruecos.

¿De qué plan han hablado los gobernantes para desarrollarlo allí, qué sistemas vamos a poner en práctica, qué medios para colonizar y civilizar? Yo conozco algunas leyes, también conozco—conozco algo—las leyes de Indias; pues bien, a pesar las leyes de Indias se perdieron las colonias, sin que España pudiera sacar, como Inglaterra de sus colonias, el provecho apetecido.

No tenemos política internacional, y en cuanto a política nacional no he de hablaros esta noche, porque no quiero llegar a un análisis que a la fuerza me haría descender al mitin, y no quiero, no tengo derecho a descender al mitin. Pero sí tengo el derecho a decir que hablo así porque el enfermo está grave, moribundo. No quiero engañaros: así veo yo las cosas, y las digo como las veo.

Repito que no soy pesimista; mi optimismo me ha hecho recordar otros pueblos que han llegado a mayor abyección, a más bajo envilecimiento, y, sin embargo, han obrado un fecundo resurgir. ¿Cómo así voy yo a desear de un resurgimiento análogo en mi propio país?

Yo pedía a los gobernantes que me dijeran qué líneas de navegación han preparado, qué industrias se proponen establecer, qué créditos y qué Bancos instituir para alcanzar la hegemonía que nos corresponde. Cuando el término de la guerra llegue, nosotros, sin gastar millones en hombres ni en dinero, ¿no podíamos estar en condiciones de ganar por la mano la voluntad de las naciones cuando de restañar sus heridas se trate?

Sin embargo, nada se ha preparado, nada se ha hecho; lo impide la neutralidad de nuestro gobierno, que no es precisamente la neutralidad de los fuertes, de los poderosos, capaces, en un momento dado, de romperla y sumar el esfuerzo de su espada para inclinar de un lado a otro el platillo de la balanza. Es una neutralidad de los «neutros», de los impotentes..., yo estaba por decir la neutralidad de los cobardes.

Otros países han cotizado su neutralidad; pero nosotros, ¿qué hemos pedido, qué hemos exigido a cambio de nuestra actitud pasiva ante la contienda? Nuestro florecimiento de hace quince años se debió técnica y económicamente al auxilio que nos prestaron las naciones extranjeras. Francia, en la actualidad, tiene facilitados a Rusia 22 millones y 18 millones a la Argentina; Inglaterra, a todos los países, a las provincias y aun en los municipios, 100 millones de libras esterlinas... Pues bien, a España no ha llegado ni una sola libra.

¡Y para colonizar la raza, decía Costa que nos faltaban—y nos faltan—dos o tres mil millones!

Una de las consecuencias más terribles de la guerra va a ser la selección al revés, la emigración, que, como jauría de bestias hambrientas, sin recibir de la patria más que latigazos, se marcha a enriquecer y engrandecer otros países. Ahora esos millones de hombres substraídos de la vida por la guerra, por la ferocidad humana, han de ser reemplazados, y emigrarán de aquí los obreros más inteligentes, los más eminentes artistas, y el dinero, siempre tan patriota, el dinero español, el oro y la plata atesorado, marchará a cobrar un 5, un 6 o un 7 por 100 en el extranjero.

Si no surge en España un hombre de Estado, que no se columbra por ninguna parte, si no surge, estamos condenados a sucumbir.

Nuestra nación es hoy como una boya que perdió sus anclas, y empujada por los vientos marcha sin rumbo, acaso a estrellarse en la roca de la ignominia.

¿Quién sabe si, andando el tiempo, en la vecina costa de Africa surgirá una poderosa nación que convirtiera en colonia mauritánica a la que fué antigua Metrópoli!

Hubo una esperanza de que España pudiera desempeñar un importante papel en la contienda europea, gestionando o imponiendo con las demás neutrales el restablecimiento de la paz. Pero ya es tarde. Italia se ha lanzado. Y ahora, ¡qué pequeñez y qué soledad la nuestra!

Se ha hablado mucho de nuestro mar latino, de la famosa política del Mediterráneo; pero ¿para qué queremos ahora esas leyendas?

Italia se adueñará de todo el Adriático. Nosotros nos quedaremos sumidos en la miseria material y en la ignominia moral.

No podemos aspirar a extensiones territoriales, ni aunque nos las regalasen estaríamos en condiciones de aceptarlas. ¿Para qué las queríamos, si tenemos indotado y abandonado nuestro territorio?

A lo único que podemos aspirar es a ratificar nuestro dominio en Africa, a cambio de que no se nos pusiera otro Gibraltar en Tánger; a recabar el derecho de indigenado para los millones de españoles que pueblan Argelia y el resto del Marruecos francés; a contratar un empréstito de cuatro o cinco mil millones que, previo un plan de «civilización de la tierra», como decía el inolvidable Costa, sirviese para alumbrar nuevos horizontes de esperanzas y grandezas.

Ese pudo ser el precio de nuestra neutralidad.

Hoy, a ese precio, no nos darían la tranquilidad que deseamos.

¿Por qué aterrarnos ante la idea de contribuir con un ejército, para colaborar con los aliados? Pues ¿y el que nos arranca a diario la emigración?

Esos jóvenes que abandonan España, para luchar por la vida en otras tierras, ¿no desgarran también las entrañas de nuestra patria?

¿Y esos 75.000 fusiles que tenemos en el norte de Africa, para qué nos sirven?

El orador cree que España podía cooperar con los aliados, enviando, por ejemplo, un ejército a los Dardanelos.

Pero para eso es necesario que se unan todos los partidos, que se dé tregua a las pasiones, que nos comprometamos a no provocar luchas civiles, respetando lo estatuido. Si esto hiciéramos, ¿no sería posible que esas naciones nos diesen alguna compensación?

Pero como no hemos tenido, repito, un ideal superior, como no hemos tenido una política internacional, nos encontramos ahora completamente desorientados, sin energías, ni opinión, ni voluntad nacional para ninguna resolución salvadora.

Hay quien cree que a España no le alcanzará el desastre que al final de esta terrible contienda han de sufrir los pueblos más débiles, y hay quien sueña con que España podrá intervenir en la hora de la paz.

Yo afirmo que no, que en la hora del Congreso de la paz no sólo no se nos tendrá en cuenta para nada, sino que, por el contrario, si conviene a alguna de las naciones victoriosas anexionarse parte de nuestro territorio, lo hará impunemente. La nación que logre vencer a Alemania será la dueña absoluta del mundo...

Y en fin, voy a terminar; estoy abusando de la benevolencia que me prestáis. (Multitud de voces lo niegan y suplican que continúe el orador.)

Terminaré, sin embargo, porque no quiero, no debo aun continuar hablando de este enorme problema, porque no considero llegada la oportunidad, aunque en el fondo de mi alma esté surgiendo ahora la posición definida que adoptaré cuando los partidos y el monarca adviertan la proximidad de los acontecimientos de infinita transcendencia que se acercan. Para entonces tengo formada una decidida resolución, que me reservo, pues antes habré de intentar algo audaz, atrevidísimo, que forma un estado de mi conciencia y que considero como el cumplimiento de un sagrado deber.

He de terminar, pues. Y para que quede en vuestro ánimo algo que sea una concentración de mi disertación de esta noche, para que en vuestro espíritu quede de una manera tácita y perenne cuanto os he dicho, terminaré acudiendo a un recurso oratorio al que de antiguo me he sentido siempre aficionado. Yo he sido siempre aficionado a las imágenes, no precisamente por amor a la retórica, sino porque entre todos los lenguajes creo que es el más fácil y el que más sublime belleza encierra el sencillo lenguaje de la Biblia.

Yo soy sensible a las artes, a algunas artes; de otras podría decir que soy absolutamente insensible. Pero sí siento aquellas que producen una impresión estética más completa, más armónica y más bella, y recuerdo ahora una escena determinada por el arte y sentida en momentos de comunión espiritual entre mi alma y otra que con la mía ha tendido siempre a una aspiración común. Era la primera vez que iba a París; iba en compañía de la seño-